

LOS LIBROS

EL PROGRESO INTELECTUAL Y POLÍTICO DE CHILE, por *Domingo Amunátegui Solar*. Editorial Nascimento. 1936. 8.º, 175 páginas.

Los términos intelectual y político empleados por don Domingo Amunátegui Solar, en su último libro editado por la Casa Nascimento, para designar el desarrollo de una etapa de la historia espiritual de Chile, que comprende más de un siglo de vida independiente, son demasiado precisos y claros para que su significación pueda despertar alguna duda acerca del alcance que entrañan esos dos conceptos. En cambio, por asociación de ideas, el lector observa que en el libro del señor Amunátegui se ha omitido tratar un aspecto que, unido a aquellos otros dos, en razón del uso y de la frecuencia con que se emplea el vocablo, allí en la obra no se estudia. Es el social. Siempre se habla de la evolución social, intelectual y política de un país; se insiste en considerar agrupados cada uno de esos aspectos para dar una comprensiva noción del desarrollo gradual de la cultura de un pueblo. Pero el señor Amunátegui había ya tratado especialmente de la evolución social de Chile, en un libro que inmediatamente de publicado, pasó a ocupar un lugar destacado en la literatura historiográfica contemporánea. Nos referimos a la «Historia Social de Chile», aparecido hace dos o tres años y que puede considerarse clásico en la materia. Esa obra, después de algunos capítulos de Barros Arana en la «Historia General de Chile»; de

Vicuña Mackenna, en la «Historia de Santiago»; de Amunátegui, en «El temblor de mayo de 1647»; de Alberto Cabero, en «Chile y los chilenos»; de Alberto Edwards, en «La fronda aristocrática» y de Luis Galdames, en la «Evolución constitucional de Chile», es, sin disputa, lo más completo que posee nuestra literatura en una materia que ya el autor había estudiado ampliamente en dos libros suyos fundamentales: «Mayorazgos y títulos de Castilla» y las «Encomiendas indígenas». En ellos estaba el tema tratado con todo el esplendor del procedimiento analítico, con una erudición asombrosa y con una información documental, como la que acostumbra el señor Amunátegui en sus investigaciones históricas, en que cada afirmación se apoya en un antecedente perfectamente cierto. La honradez del señor Amunátegui como historiador es proverbial; un dato suyo no necesita volverse a verificar. Es así y queda así. La «Historia social de Chile», concebida con otro método, en el que ha empleado la síntesis apretada y tersa es, como si dijéramos, el primer volumen de este otro que acaba de publicar. Para comprender bien el desarrollo intelectual y político, de Chile y ver en ese panorama general la trayectoria del progreso nacional, es indispensable la lectura de la historia social, como a la inversa, no se entenderá con claridad la evolución social de Chile sin el indispensable complemento de este libro, que estudia el progreso de las ideas durante la República.

La obra del señor Amunátegui Solar, «El progreso intelectual y político de Chile», está concebida con admirable justeza en las proporciones. Evidentemente, el autor conoce a maravillas la difícil técnica de la composición de un libro. Cada capítulo resume y compendia bien el pensamiento; no divaga ni se aventura en la exposición de teorías. Va haciendo resaltar los hechos, y los que une con un comentario. Así hablan éstos y el autor no necesita esforzarse demasiado para probar lo que fluye de esa exposición. Tampoco necesita recurrir a tesis. El señor Amunátegui es negado a ese procedimiento, que, por lo demás, no

cae bien en un libro histórico. Pero lo que más llama la atención en su última obra, es la franqueza con que habla. Una franqueza que no tiene reparo a veces en ser cruda. Muchas observaciones que ya son comunes en el dominio de la conversación corriente de las gentes ilustradas, el señor Amunátegui las recoge y las presenta con valentía y las hace suyas sin desnaturalizarlas. Otras veces, las propias observaciones del autor están consignadas con desenfado y libertad. En esta manera de exponer reside el extraordinario mérito del libro del señor Amunátegui. Indudablemente, sus opiniones sobre el desarrollo político valen mucho más que sus conceptos sobre nuestra evolución literaria. Se comprende que así sea. La historia de nuestras letras no presenta mucha movilidad. Ha influido considerablemente en la transformación de las ideas, y de las ideas liberales especialmente. La manera de cómo esas ideas se han expresado en las luchas políticas de los partidos, ya forma parte de otro campo de la historia. Las letras han hecho el progreso del espíritu nacional, encaminándolo hacia la emancipación de las conciencias. Los luchadores fueron todos liberales. Representaban lo más fuerte y sano de las inteligencias del país. Hablaban sin las reticencias que siempre impone la escuela conservadora en el sentido social, político e intelectual. Hablaban despojándose de las prevenciones de la Iglesia que limitaba las conciencias. Es bien curioso que la escuela conservadora, comparada con la liberal, no presente hombres de letras de la importancia de un Barros Arana, de un Amunátegui o un Vicuña Mackenna en el cultivo de la historia; de un Blest Gana, en la novela; de un Mac-Iver y un Errázuriz, en la oratoria; de un Arteaga Alemparte, Orrego Luco o Zenteno, en el diarismo; de un Montt, Varas, Errázuriz y Santa María, en la política. Las figuras conservadoras son siempre secundarias, cuando se las compara con las del liberalismo; no puede equiparárselas. Les falta algo que deje la sensación de grandeza. Un católico ferviente, hasta no hace mucho, debía ser conservador. La Iglesia había monopoli-

zado en un partido político su defensa y en esos prosélitos encontraba sus mejores combatientes. El sentido espiritual perdió su dignidad con esa alianza; resultaba de allí un contrasentido para la propia grandeza moral de ella. Había juntado a su alrededor, en las altas jerarquías sociales, a los hombres de fortuna, del rango social, de la influencia política, de la banca, de la tierra, en suma todo lo que era acción decisiva y determinante. En otro plano, en el que debía obrar la enseñanza del Maestro, quedaban los pobres, los desheredados, los que sufrían vejaciones y miserias. La Iglesia convivía, en maravillosa armonía, con el poder y grandeza material de la riqueza. El odio del pueblo acaso arrancó de ese significativo hecho social.

El señor Amunátegui consigna en su obra algunos juicios que deben considerarse como nuevos. El que emite sobre Portales está inspirado en una atenta observación. Nos parece exacto. Portales organizó el país. Esto es incuestionable. Ahora, ¿cómo, con qué procedimientos organizó la República? Con un autoritarismo que llegó a la injusticia y hasta la crueldad. Ahogó el espíritu de la libertad, traicionó el objeto de la revolución, regresó al país hacia la concepción monárquica colonial bajo una forma republicana que más parecía monarquía constitucional, abatió al individuo e impuso un sistema jerárquico más irritante que el español, porque la revolución de la independencia se hizo precisamente para hacer menos duro el sistema colonial, o sea, la división profunda de las estratas sociales. La casta gobernante colonial era española; la casta gobernante que impuso Portales era la del señor feudal, que oprimía y avasallaba al siervo. Era preferible ser tiranizado por un español que no por un chileno, que tiranizaba a sus conciudadanos. Esto se ha llamado el sentido del orden dentro de la libertad. Comprendemos que era necesario el orden. Pero no un orden que tomase formas brutales para imponerlo. El régimen portaliano fué eso. Cuarenta años después, en 1861, el liberalismo encontró que el orden de los Gobiernos pelucones había

sido solamente el avasallamiento total del pueblo. Tuvo que formar la conciencia del pueblo en la escuela, en la prensa y en la tribuna. Una sucesión honorable de familias se había sucedido en el poder, sin preocuparse mucho de los intereses populares. La encomienda que había desaparecido en el siglo XVIII se había transformado en el régimen del inquilinaje. La aristocracia pelucona fué herida de muerte por don Manuel Montt, al exvincular los mayorazgos, es decir, al quitarles el dominio de la tierra, y con ello el poder electoral. Un hombre sin gran inteligencia, pero dotado de un relativo instinto político y poderosamente rico, comprenderá más tarde, hacia 1890, que el partido conservador, sin ese apoyo, no será nada políticamente, y que ese partido no tendrá pueblo en los comicios. Don Manuel José Irarrázaval percibió el fenómeno, y por eso luchaba por la comuna autónoma y por las juntas de mayores contribuyentes. La tierra, que bajo diversas formas seguía siendo de las familias patricias, con la comuna autónoma y con la junta de mayores contribuyentes, le permitía al partido conservador cautelar al electorado en los fundos y en las comunas rurales. En las poblaciones urbanas, el dinero decidiría de las elecciones a su favor. Esta actitud del partido conservador ha sido constante en el curso de la historia nacional. Los intereses del país, o han estado bajo su control, o cuando no lo han estado se ha lanzado a la revuelta y la división de la familia chilena. En las luchas teológicas, a todo trance Larraín Gandarillas quiere dividir la sociedad. Funda bancos, establece teatros, mantiene escuelas, crea universidades, subvenciona diarios, abre cementerios. El católico desdén al Estado, porque sobre el Estado debe encumbrarse la Iglesia, una Iglesia que toma formas de institución chilena y que se asemeja a una montonera de batalla, porque no se parece en nada a la Iglesia de Cristo, mansa, caritativa y llena de amor al semejante.

Ampara al potentado, protege al político que sigue su cre-

do, lucha por sus privilegios a trueque de hacerlos triunfar. Se introduce en las conciencias y divide los sentimientos de los hombres. Un partido político, aliado suyo, la apoya y la empuja. En verdad, la Iglesia, los hombres que componían esa institución desde el punto de vista humano, y el partido conservador de esa época han sido perniciosos al país. Todo lo que quiso la Iglesia no lo consiguió; pero al perder sus privilegios se dignificó y se hizo más pura. El partido conservador, cuando ya no tuvo que luchar en su favor, se orientó a una verdadera política social bastante discutible, porque antes que nada ha sido socialista para encubrir sus ambiciones y mantener sus fueros.

Del libro del señor Amunátegui, aunque no se diga con las mismas palabras, fluye todo eso. Se comprende que hicie a un partido histórico el recuerdo de esas amargas campañas. Pero era necesario colocar históricamente las cosas en su lugar. Aunque algunas de ellas se discutan, el fondo no cambiará. Quedará trazada la silueta del daño que han hecho al país una Iglesia militante en las luchas sociales y un partido que demasiado se abanderizó en su defensa.—GUILLERMO FELIÚ CRUZ.



REGRESO DE LA U. R. S. S., por *André Gide*.—Empresa Letras,
Santiago de Chile

Estas opiniones de uno de los grandes escritores de nuestro tiempo, son, sin duda, un fuerte golpe para los fanáticos del stalinismo. Después del libro igualmente sincero, pero mucho más impresionista, de Panait Istrati (*Rusia al desnudo*) esta crítica franca y ecuánime del campeón francés de Rusia, vendrá a abrir los ojos a muchos hombres de buena fe, que